

Editorial

Cátedra de realidad nacional

*Rodolfo Cardenal**

*“El desafío nacional: revertir
la historia desde las víctimas”*

(I. Ellacuría)

No faltará quien objete que no hay necesidad de revertir ninguna historia, porque el punto de inflexión está en 1992 y en la transición subsiguiente. Es probable que agregue que quien habla de revertir la historia con seguridad está descontento con la suerte que le ha tocado o es un resentido, porque no está satisfecho con la parte que le han dado, en el reparto del poder al cual dio lugar esa transición. La izquierda dirá que la revolución está en camino, mientras cada día se acomoda más a las exigencias del partido o del sistema político. La derecha más abierta alegará que la reversión sale sobrando, porque es mucho lo que el país ha avanzado, desde 1992 para acá; la derecha más retrógrada sostendrá que la sociedad salvadoreña vive en plena democracia. Por consiguiente, quienes hablan de reversión son inadaptados, resentidos, frustrados o poco pragmáticos ante las realidades de este mundo. Estos últimos, a veces, utilizan a Ignacio Ellacuría como autoridad, que respaldaría la facilidad con la cual se han integrado en el orden establecido.

Estas posturas encubren la existencia de las víctimas, las desconocen y, aun peor, las producen aún hoy en día, para poder conservar su posición de poder. Pero quizás la postura más peligrosa sea la de los pragmáticos y la de la derecha más abierta. Los dos, de forma distinta, pero igualmente eficaz, encubren la realidad salvadoreña. Los pragmáticos son peligrosos, porque se presentan como buenos conocedores de los principios y de su aplicación a la realidad. La prueba de que su postura es correcta es que se presentan como hombres y mujeres de

* Vicerrector Académico y de Proyección Social de la UCA.

éxito y con futuro. La derecha más abierta es peligrosa porque, de buenas maneras, hace aceptable lo inaceptable. En definitiva, todas estas posturas viven, de manera diversa, por la existencia de víctimas.

Mientras haya víctimas, hay necesidad histórica y exigencia ética de revertir la historia del país. Pero esta exigencia es aun mayor ahora que antes, porque ahora hay más víctimas que en los años anteriores a 1992. La existencia de esa enorme cantidad de víctimas no es negociable. No es cuestión de pragmatismo para ceder o asimilarse al poder, es cuestión de principios éticos y cristianos. Conviene recordar aquí a los poderosos la larga lista de víctimas, sin olvidar que detrás de cada categoría y de cada estadística está la vida de una persona y la de sus familiares. En la actualidad, hay víctimas de la falta de empleo, salud, educación, vivienda e infraestructura básica. Hay víctimas de la violencia y la inseguridad general. Hay víctimas de las pandillas juveniles y también hay víctimas entre los integrantes de las mismas. Hay víctimas de la policía y de la burocracia corrupta e ineficaz. Hay víctimas del machismo, de la violencia de género, del hogar desintegrado, del abandono y de la irresponsabilidad. Hay víctimas del abuso y de la violación sexual. Hay víctimas de un sistema judicial incompetente y venal, que protege al fuerte contra el débil, al hombre contra la mujer, al adulto contra el menor, al funcionario contra el ciudadano. Hay víctimas del crimen común, pasional y organizado, del tráfico de drogas, vehículos y personas. Hay víctimas de la desconfianza que suscitan los otros por causa del temor inculcado. Hay víctimas del temor que lleva a sospechar de los que son diferentes y a verlos como una amenaza.

El encubrimiento y el desconocimiento de la existencia de víctimas, excepto aquellas que interesan a la publicidad gubernamental, están acompañados del silencio que se ha acordado, de manera implícita, de la injusticia y la justicia, después de 1992. Desde entonces, estos términos ya no se utilizan para describir la realidad nacional, ni lo que ésta debiera ser. Estos dos términos casi han desaparecido y quien todavía se atreve a utilizarlos, es visto como un ser del pasado, fuera de lugar. Con la injusticia y la justicia han desaparecido otros términos que solían ser considerados fundamentales: opresión y liberación, clase dominante y pueblo, imperio e independencia, pecado estructural y santidad política, *praxis* y esperanza de que el verdugo no triunfe sobre la víctima. En una palabra, la profecía y la utopía y, por lo tanto, la tarea de revertir la historia, se han debilitado. De ahí la importancia de rescatar el desafío que el lema de este aniversario de los mártires de la UCA, tomado del último discurso de Ignacio Ellacuría, pronunciado en el ayuntamiento de la ciudad de Barcelona, lanza a los hombres y a las mujeres de buena voluntad: "El desafío nacional es revertir la historia desde las víctimas".

El lenguaje de la injusticia y la justicia, ahora relegado al olvido, era normal hace poco más de una década. Ciertamente, desde Medellín y la teología de la liberación. Eran términos utilizados para expresar lo negativo de la realidad. Pero ahora han sido sustituidos por otros más suaves y ligeros, como subdesarrollo, países en vías de desarrollo, clases menos favorecidas, a los cuales se han agregado guerra y

terrorismo. En la actualidad, lo positivo es expresado con términos como democracia, sociedad civil, diálogo, concertación, cooperación, propuesta, prosperidad, progreso, derechos humanos, Estado de derecho, los cuales denotan realidades buenas, en sí mismas, aun cuando sean afirmados con mayor o menor hipocresía, pero casi nunca se habla de justicia.

El cambio de vocabulario no es un simple azar. En la actualidad, se rehúye el lenguaje de la injusticia porque, como ningún otro, desenmascara la verdad y la tragedia de este mundo, y porque el lenguaje de la justicia expresa la radicalidad, la urgencia y la ultimidad de lo que los seres humanos debiéramos ser, sin excusas de ninguna clase. El lenguaje de la injusticia y de la justicia expresa realidades dialécticas, que hoy se rehúyen. Por eso, la terminología más radical e interpelante es reemplazada por otra más blanda y sumisa. Pero por mucho que se adorne el lenguaje, la realidad vista, vivida y sufrida desde debajo de la historia, desde sus víctimas, es deplorable y su causa mayor es la injusticia.

Rescatar el lenguaje de la injusticia y la justicia tiene un propósito doble. Significa hablar de opresión entre los seres humanos y de una situación de guerra, aun en tiempos de paz. Significa también la urgencia y el imperativo de revertir la historia actual. Nada de esto es fácil de aceptar para la sociedad salvadoreña; tampoco para occidente. Para rescatar este lenguaje, es necesario ser honrado con la realidad, es decir, aceptar su existencia y dejarla ser, sin ignorarla, sin encubirla y sin manipularla. Dicho de una forma más concreta, la honradez con la realidad comienza con el reconocimiento de la existencia de víctimas. En cambio, en la actualidad, predomina la carencia de verdad y la mentira es predominante. Ausencia de verdad no es desconocimiento, sino encubrimiento. Un encubrimiento que utiliza el silencio, mientras ello es posible. Si no y se pretende mantener un mínimo de vergüenza, recurre a la mentira y a la manipulación. Cuando se cae en la desvergüenza total, usa la tergiversación e incluso la santificación del mal para hacer pasar por bueno lo que es malo.

Mientras haya víctimas, hay necesidad histórica y exigencia ética de revertir la historia del país.

La mentira sólo puede ser combatida con la voluntad de ser real, porque ella cierra las escapatorias fáciles a mundos irreales, creados de modo artificial. Esta es una tentación muy fuerte, en los tiempos que corren. El desengaño y la frustración empujan a encontrar refugios donde vivir con comodidad e incluso, unos pocos, en la abundancia. La dureza de estos tiempos empuja a buscar refugios en sitios donde la pobreza y la opresión no sean percibidas. Este proceso convierte lo irreal en real y lo hace referente absoluto. Es así como se vive en la irrealidad, en medio de una realidad hostil. La voluntad de ser real, sin embargo, se enfrenta con la realidad; acepta vivir en medio de la realidad

doliente de este mundo. Así, pues, para poder hablar de injusticia y justicia es necesario decidirse a vivir en lo real.

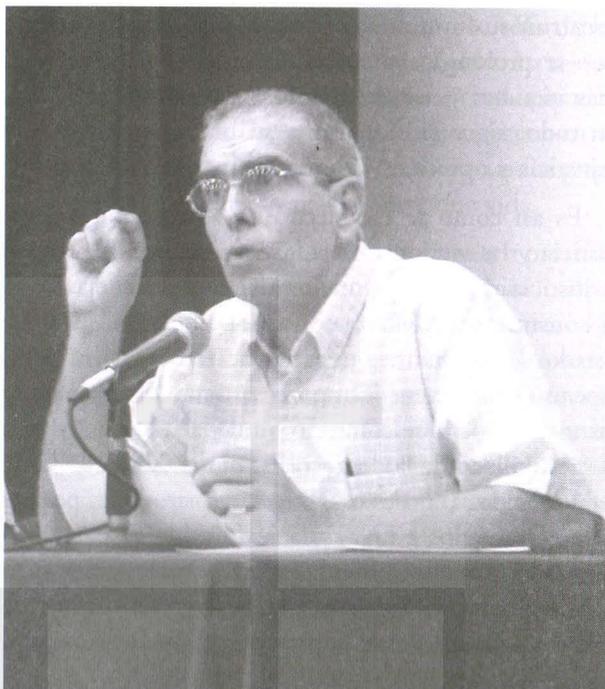
Detrás de esta decisión está la voluntad de expresar lo real, en oposición al relativismo. En estos tiempos, predomina la tendencia a enfocar la realidad de una forma controversial y así resulta que nada es evidente, puesto que todo se vuelve relativo. Sin duda hay que saber discernir cuándo algo es controversial y no hay que olvidar que la realidad misma se presta a veces a la controversia. Esta no es la cuestión. La cuestión es la actitud generalizada, de un tiempo a esta parte, de abordar la realidad desde lo que tiene de controversial. Por este proceso, las víctimas y el sufrimiento son convertidos en objeto de debate, unos y otros las causaron por igual y unos y otros discuten sobre ellas sin hacerse cargo, sin dar cuentas y sin acudir a la justicia. Al final, pareciera que nadie tendría responsabilidad, sino una guerra a la cual se puso fin en 1992 de manera exitosa. Esta es una forma eficaz para hacer desaparecer la existencia de las víctimas.

Pero la realidad se densifica en ellas de tal manera que la controversia no puede esconder su existencia, ni su sufrimiento. El debate entre posturas encontradas no puede hacer desaparecer lo evidente. En las víctimas, la realidad se densifica de forma tal que no puede hacer de ellas una cuestión debatible. Las víctimas constituyen una realidad que se impone por sí misma a una conciencia humana y cristiana. Por consiguiente, la injusticia y la opresión, por un lado, y la justicia y la liberación, por el otro, no son cuestiones debatibles, ni controversiales.

La centralidad de las víctimas surge de una situación de extrema gravedad para la población salvadoreña. Su existencia no terminó con la guerra civil, sino que ellas han aumentado de una forma escandalosa y aberrante, durante la transición. Esta no pudo poner fin a la crueldad humana, la cual produce ahora más víctimas que antes. Las nuevas víctimas que se agregan a las de la guerra civil también son producidas por una injusticia activa, que sufren de parte de unos poderes, los cuales actúan de un modo absoluto. Es el mismo fenómeno del siglo XX, un siglo de grandes avances tecnológicos durante la postguerra, pero al mismo tiempo, el siglo que más víctimas ha ocasionado a la humanidad.

La existencia de víctimas obliga a preguntar por qué el poder aniquila de una forma tan cruel y devastadora a la gente, en su mayoría inocente, en el sentido que ella no está en contra del poder. La gente es aniquilada por el poder por el simple hecho de existir de forma desprotegida, es decir, no tiene poder para defenderse. Esto nos coloca ante la cuestión de la injusticia de la historia. Se trata de una historia que, al parecer, necesariamente, causa víctimas y genera impotencia ante los victimarios, quienes casi siempre logran salirse con la suya. La historia y su acontecer deben ser pensadas, por consiguiente, desde la injusticia, cuyo poder parece ser absoluto. La injusticia posee más poder que la democracia y que la tecnología que hace la vida más fácil. El hecho de las víctimas es tan abrumador que pareciera que la democracia puede, o peor aún, necesita o sólo es posible con tanta injusticia. Quienes niegan o desconocen este hecho objetarán que ésta no

es la democracia deseada o buscada. Pero si así fuera, por qué la opinión general da por hecho que El Salvador es un país democrático e incluso tiene el atrevimiento de ponerlo como modelo de democracia exitosa ante la comunidad internacional. La lógica lleva a sostener que o bien el discurso es falso y la democracia es una fachada útil para esconder a las víctimas de un poder no democrático o bien la democracia, o al menos la democracia neoliberal, sólo es posible dejando víctimas a su paso.



Sea lo que sea, una democracia que produce tantas víctimas es incomprensible. El teórico del sistema argumentará que, cuando sea auténtica o alcance su plenitud, habrá justicia y el número de víctimas se reducirá de forma drástica. Desde una perspectiva práctica, surge la duda de si eso podrá ser posible alguna vez, porque la evidencia empírica, desde 1992, para no ir a finales del siglo XIX o a 1930, demuestra que las víctimas son parte fundamental del sistema político. La cuestión no es fácil de resolver, porque el modelo ideal parece inalcanzable, ciertamente, a partir de la experiencia del siglo XX, porque parece no haber otro modelo más adecuado para la convivencia humana, porque la democracia y la injusticia parecen ser inseparables, porque la justicia queda remitida a un futuro sin plazo y porque ante estas realidades, no cabe si no la resignación y el acomodo, puesto que la injusticia sería connatural a la existencia humana.

Llevado al extremo, tal vez esta sea una de las cuestiones límites de la experiencia humana. Es un límite insuperable, porque responde al anhelo humano de que al fin se haga justicia, que el verdugo no triunfe sobre la víctima. La víctima es la realidad negativa explícita más grave de la historia; pero, al mismo tiempo, expresa una esperanza positiva, la llegada de la justicia. Por eso, reclamar el derecho de las víctimas no es mirar al pasado, tal como sostiene la derecha, para evadir su responsabilidad histórica, sino que es la apertura más real que pueda darse hacia el futuro. Porque este futuro es tal, en la medida en que no haya más víctimas, y en la medida en que haya justicia. No es, pues, cierto que desde 1992, El Salvador sea un país o una sociedad dedicada a

construir su futuro. Sigue siendo una sociedad del pasado. Es la misma realidad que se prolonga sin aparente solución de continuidad, puesto que ahora hay más víctimas y, en esa medida, menos justicia. La sociedad salvadoreña, como un todo, sigue prisionera de su propio pasado. Su presente es continuidad de injusticia y opresión y, en esa misma medida, continúa sin futuro.

Es así como se establece una vinculación entre el futuro y las víctimas, la justicia y las víctimas, la vida y las víctimas. La esperanza apunta en dirección a la justicia y no simplemente a la supervivencia. Por lo tanto, el sujeto primario lo constituyen las víctimas, no los políticos, ni sus partidos, ni los empresarios, ni el Estado. La esperanza que hay que rehacer, si es permitido hablar así, no es una esperanza cualquiera. Tampoco se trata del crecimiento económico de la mano de los tratados de libre comercio, ni de la cobertura y la calidad del gasto social, ni de la profundidad de la democracia, ni del desarrollo humano, aun cuando ésta pueda ser sostenido. Todo esto es necesario, sin duda, pero no es suficiente, porque estamos enfrentados a una situación límite. El escándalo que debe superar la esperanza es la muerte infligida injustamente, no la muerte natural como destino de la humanidad. La esperanza que es necesario construir es la esperanza que abre a la trascendencia, desde la injusticia y desde las víctimas.

Desde una perspectiva humana, no se avanzará hacia la justicia sin conciencia del agravio comparativo, ocasionado por la afrenta que este mundo, por el mero hecho de ser como es, incluidas las democracias, inflige a la mayoría de los seres humanos. No se avanzará sin la ultimidad de la compasión ante las víctimas como lo primero y lo último, anterior a la democracia y a la religión. Y no se avanzará sin la indignación y la denuncia de la opresión, muy unida esta última a la arrogancia y a la hipocresía. Muchas cosas son necesarias para luchar contra la injusticia, pero una que no debiera faltar es que las víctimas ocasionadas por ella nos afecten de una forma radical, tanto que cambien nuestras vidas. Esto no ocurre con facilidad. Por eso, los maestros de la sospecha son indispensables para cuestionar por qué la injusticia no posee ultimidad para reaccionar contra ella. En la actualidad, estos maestros deben cuestionar sobre occidente, la democracia, el mundo de la abundancia y del despilfarro, y de la prosperidad y el progreso. Más en concreto deben cuestionar sobre la incapacidad para reconocer la injusticia y para pedir perdón por ello. Y, de manera positiva, deben animar a ejecutar el primer acto de justicia: otorgar existencia a los excluidos, ponerles nombres y no dejarlos en el anonimato.

Esta parcialidad de la justicia choca a los oídos democráticos, aunque en la realidad impera una obvia parcialidad, pero en la dirección contraria, tanto en el ámbito jurídico como en el ámbito más primordial de lo económico y social. Sin embargo, esa parcialidad de la justicia es muy actual, porque la intuición de la parcialidad hacia el débil ha desaparecido. Para avanzar hacia la justicia es necesario superar la imparcialidad espuria del derecho, que redundaría a favor de los poderosos. De ahí que se deba hablar de parcialidad. Es decir, la justicia

debiera tener en mente, en primer lugar, la vida de los pobres y no sólo de los pobres individuales, sino de la mayoría que conforman como pueblo. La democracia no coloca en el centro de la sociedad a la víctima, sino al ciudadano. Es cierto que algunas de ellas sí se ocupan de ellas, pero no se encuentran en su centro. Esta limitación teórica puede explicar por qué las democracias no generan mucha vida, sino que, con frecuencia, generan más muerte que vida.

Para revertir esta historia hay que hacer uso de tipos de poder menos proclives al mal como la organización, la ciencia y la palabra. Estos poderes, bien utilizados, pueden ser eficaces para combatir la injusticia. Pero además, tal como dijo Ignacio Ellacuría, en su último discurso, en el ayuntamiento de Barcelona, es necesario crear modelos económicos, políticos y culturales que hagan posible una civilización del trabajo que sustituya a la civilización del capital. En esta tarea, los intelectuales de toda clase, esto es, los teóricos críticos de la realidad, tienen un reto y una tarea impostergable. No basta con la crítica y la destrucción, sino que se precisa una construcción que sirva de alternativa real. La tarea es inmensa y compleja. Sólo utópica y esperanzadamente se puede creer y tener ánimos para intentar revertir la historia, para subvertirla desde las víctimas y lanzarla en otra dirección, en una en la que cada vez haya menos víctimas. Esta tarea requiere de la mayor excelencia académica posible. Sin ella, la contribución de los intelectuales a problemas tan complejos es pobre. Requiere de gran honestidad, entendida como vocación de objetividad, pero además como autonomía y libertad. Por último, requiere de un gran coraje para enfrentar las corrientes dominantes. Por eso y en memoria de Ignacio Ellacuría y sus compañeros mártires, esta edición de la revista *ECA* está dedicada a una experiencia que, precisamente, recorre las primeras fases de lo que puede ser un proceso para sustituir la civilización del capital por la civilización del trabajo.

Desde una perspectiva cristiana, la esperanza de las víctimas es una esperanza en el poder de Dios contra la injusticia que las produce. El mensaje de la pascua cristiana es nuevo y escandaloso, porque el condenado, colgado y abandonado es el que ha sido resucitado antes que todos los demás. En consecuencia, coloca el futuro de la sociedad, no en políticas económicas, ni en teorías de la gobernabilidad, ni en la acumulación del llamado capital social, aunque, de nuevo, todo ello tal vez sea necesario como medio o instrumento, sino en las víctimas condenadas a la humillación, abandonadas a su suerte y olvidadas por el oficialismo. No hay alternativa, porque, al final, la verdadera esperanza es que no haya más víctimas y que haya justicia. La obcecación del injusto y del verdugo puede llevar a la desesperación e incluso al extremo de la venganza personal, pero hay que rehuir ambas cosas. La esperanza es más fuerte que estas inclinaciones primarias. Su futuro no puede construirse produciendo más víctimas, aun cuando se trate de los verdugos. La fuerza de la esperanza no está en su aniquilación, sino en la nueva forma de vida.

[...] reclamar el derecho de las víctimas no es mirar al pasado, tal como sostiene la derecha, para evadir su responsabilidad histórica, sino que es la apertura más real que pueda darse hacia el futuro. Porque este futuro es tal, en la medida en que no haya más víctimas, y en la medida en que haya justicia.

El lugar de esa esperanza es, desde la experiencia cristiana, el mundo de los crucificados. No es un lugar excepcional, sino el más común de ellos. La cruz de Jesús, antes de ser "la" cruz es una cruz más. Antes y después de ella ha habido muchas otras cruces. Las víctimas a quienes se ha dado muerte son hombres y mujeres crucificadas; otras muchas mueren de lenta crucifixión, producida por la injusticia de las estructuras. La cruz es, pues, el lugar donde la esperanza se universaliza y, desde ese lugar, la resurrección se convierte en signo de esperanza y, en la medida en que se participa, de forma análoga, en la vida y muerte de las víctimas.

Cuando la propia muerte no es sólo consecuencia de limitaciones biológicas, ni del desgaste que produce mantener la propia vida, sino cuando también es consecuencia de la entrega por amor a los otros y a lo que en los otros hay de pobre y producto de la injusticia, entonces, existe una analogía entre esa vida y esa muerte y la vida y la muerte de Jesús. Entonces, y sólo entonces, desde un punto de vista cristiano, se podrá participar también en la esperanza de la resurrección. Sin comunión con el crucificado, la resurrección sólo habla de la posibilidad de la supervivencia, una referencia ambigua, pues puede ser para salvación o para condenación. Para que haya esperanza de una supervivencia salvífica, hay que participar en la cruz de Jesús.

La esperanza en la resurrección es contra esperanza, tal como enseña Pablo, porque se trata de una esperanza crucificada, pero no sólo porque la expectativa de la supervivencia más allá de la muerte lleva consigo su propia oscuridad, sino porque ahora, la injusticia da muerte y pareciera que su poder no tiene fin. Este es el gran escándalo de la historia. En efecto, el escándalo primario es el asesinato del justo y no la muerte, en sí misma, así como también la posibilidad siempre abierta de darle muerte. La resurrección de Jesús plantea el problema de cómo habérselas con la propia muerte, en el futuro, pero recuerda que antes hay que habérselas con la muerte injusta del otro. El modo cristiano de enfrentar el gran escándalo de la injusticia que da muerte es el mismo con el cual se enfrenta la muerte personal. El coraje cristiano de esperar la propia resurrección vive del coraje de esperar la superación del escándalo histórico de la injusticia.

No se trata, pues, de una esperanza más allá de la muerte, sino de una esperanza contra la muerte de las víctimas. Por eso, es una esperanza descentrada, que cumple con la exigencia evangélica de olvidarse de sí mismo para recobrase cristianamente.

La esperanza está descentrada, porque capta la muerte actual de los crucificados como un hecho absolutamente escandaloso. Es una muerte con la cual el ser humano y el cristiano no pueden pactar y ante la cual están obligados a adoptar una postura y a actuar, con lo cual la persona pasa a segundo lugar, respecto a su resurrección. Ese escándalo histórico debiera ser la mediación de lo que de escándalo hay en la propia muerte. La esperanza en la propia resurrección vive de la esperanza de la resurrección de las víctimas de la injusticia. Por eso, tener esperanza para las víctimas es la primera exigencia de la resurrección de Jesús para los cristianos, pero también la participación en ella. Hay que ser capaz de apropiarse de la esperanza de las víctimas, estar dispuesto a trabajar por ella, aunque eso convierta en víctima a quien decide tomar este camino de solidaridad radical. Fuera de este lugar y sin esa disposición, el anuncio de la resurrección de Jesús puede ser intercambiado con otros símbolos de esperanza de vida más allá de la muerte, los cuales proliferan en las religiones y la filosofía.

Quien ama a las víctimas, quien siente compasión última hacia ellas, quien está dispuesto a entregarse a ellas y a correr su mismo destino, éste puede encontrar también una esperanza para sí mismo, en la resurrección de Jesús. A un Dios que va siendo descubierto como amoroso y a favor de las víctimas, se le puede corresponder con amor radical a favor de ellas y de ahí que la pregunta por su destino último se vuelva más agudo. Pero también se puede esperar que el verdugo no triunfe sobre ellas y uno mismo puede entregarse a una esperanza final y plena. La esperanza es difícil. Exige la apropiación y, con ello, la apropiación de la realidad de las víctimas. Pero con todo, la esperanza es real. Es como un don que las víctimas mismas entregan a quien se coloca de su lado. Así, pues, las víctimas nos ofrecen su esperanza.

San Salvador, 11 de noviembre de 2004.